

EL TEATRO

COLECCIÓN DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS

LOS HIJOS DE ELENA

JUGUETE CÓMICO EN DOS ACTOS Y EN VERSO

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

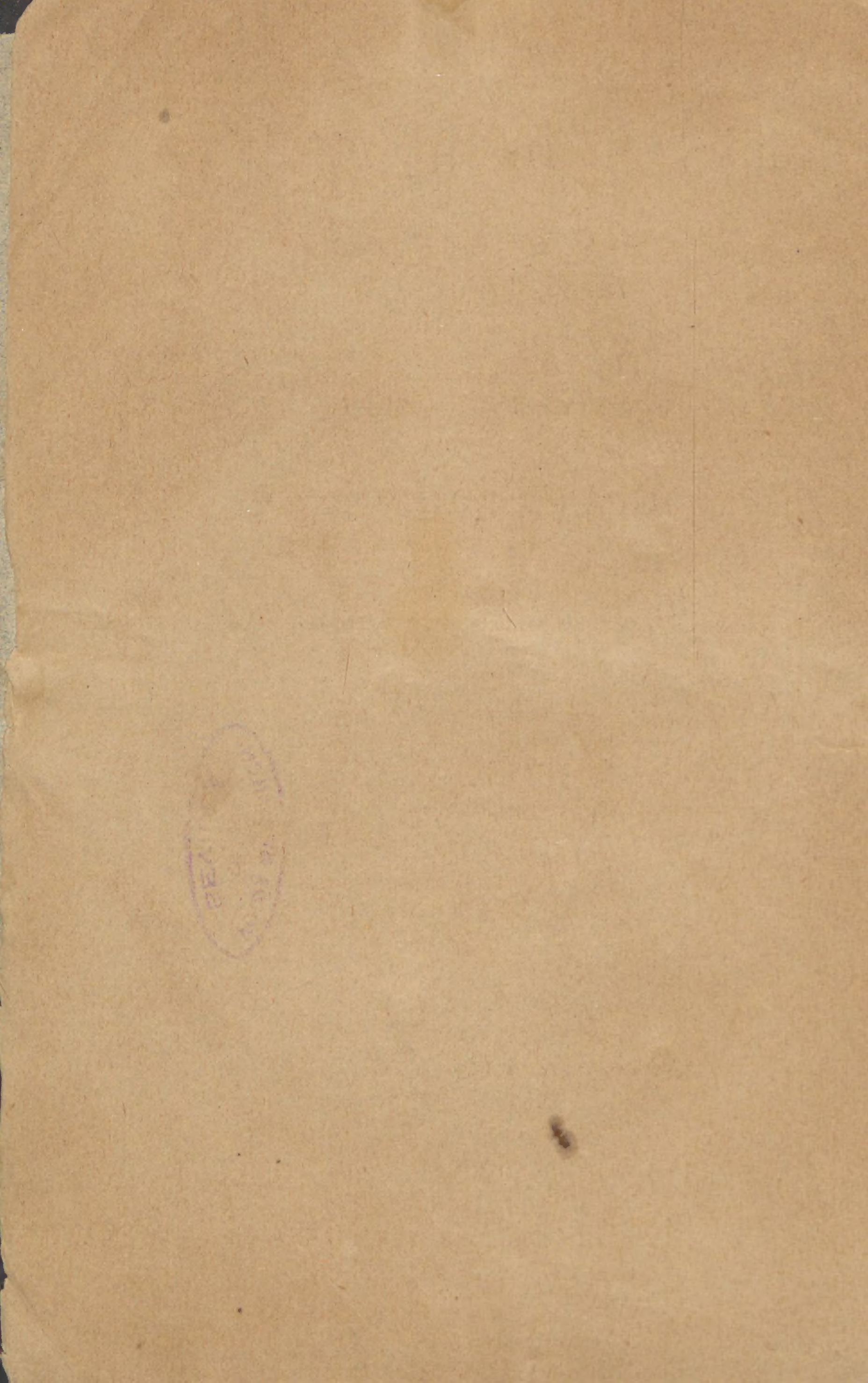


MADRID
FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR
(Sucesor de Hijos de A. Gullón.)
PEZ, 40.—OFICINAS: POZAS,—2—2.°

1892



LOS HIJOS DE ELENA



LOS HIJOS DE ELENA

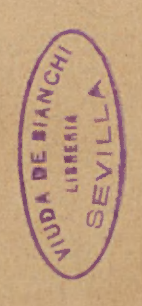
Juguete cómico en dos actos y en verso

ORIGINAL DE

MIGUEL ECHEGARAY

Estrenado en el TEATRO LARA el 9 de Diciembre de 1892.





MADRID
IMPRENTA DE JOSÉ RODRÍGUEZ
ATOCHA, 100, PRINCIPAL

1892

PERSONAJES		ACTORES
TULA	Sra.	Valverde.
ROSA	»	Mavillard.
CÁNDIDA	Srta.	Blanco.
LEONOR	Sra.	Pino.
FERMINA	Srta.	Molina (Amparo.)
FILOMENA	»	Molina (Adela.)
DON FELIPE	Sr.	Rossell.
MANUEL	»	Larra.
PEPITO	»	Mendiguchía.
JUAN	»	R. de Arana.
ANTONIO	»	Ramírez.

ACTO PRIMERO

Habitación bien amueblada. Puerta en el foro. Puertas á la derecha en primero y segundo término. Puerta en primer término izquierda y balcón en segundo. Tocador de caballero entre el balcón y la puerta de la izquierda: enseres de tocador encima de éste. Sillería de tapicería. Velador en el centro con periódicos y escribanía. Sillas volantes, etc.

ESCENA PRIMERA

FERMINA y ANTONIO

ANT. Tú no duras en la casa.
Llevo tres meses cabales
de ver lo que está pasando
y callar, y ya es bastante.
FERM. Pues lo sentiré.
ANT. ¿Por qué?
FERM. Son tan buenas, tan amables,
las señoras...
ANT No lo niego.
Las señoras son tres ángeles;
pero ellos son tres demonios
Malo el hijo, peor el padre,
y rematado el abuelo.

Me están criando una sangre
los tres más mala... Los tres
me la han de pagar.

FERM. ¿Qué hacen,
hombre?

ANT. Mirarte, mujer.

FERM. ¡Bah!

ANT. ¡Qué modo de mirarte!
¡Si te comen con los ojos!

FERM. Pues mientras que no me claven
los dientes...

ANT. ¡Qué mañanitas
me están dando! Á cada instante
sonando el timbre. Los tres
á un tiempo. Yo entro al escape,
y me miran con disgusto,
y en decirme se complacen:
«que tráiga agua la Fermina;»
«que me tráiga el chocolate
»la Fermina;» «que mi ropa
»la éntre la Fermina...» ¡Y dale
con Fermina! ¿No soy yo
suficiente para entrarles
agua, y jabón, y un demonio,
y hasta un toro que los mate?

FERM. Vamos; un poco de calma.
No te pongas en salvaje.
¡Si sabes que el que yo quiero
eres tú!... ¡si ya lo sabes!
¿Que me miran? Porque valgo.

ANT. Y dílo.

FERM. Pues lo que vale,
para tí.

ANT. Para mí solo.

FERM. ¿Que piden el chocolate
y lo entro yo? ¡Qué motivo,
tonto, para que te alarmes!
Yo lo doy con mojicón
si es caso. Deja que llamen.
¡Si les entro el agua y salgo,
y vuelvo á entrar y á marcharme,
y ¡ni agua!... ¡Si eres tú sólo

el que quiero!... Ya lo sabes.
ANT. ¡Ay, gitana de mi vida!
Calla. En lugar de calmarme,
me vuelves loco.
FERM. ¿De veras?
ANT. Y he de hacer un disparate
con uno de ellos.
FERM. ¿Con cuál?
ANT. Con el que vuelva á mirarte.
Viene el señorito. Vete.
FERM. Pero...
ANT. Vete.
FERM. ¡Qué cobarde!
(Vase por el foro)

ESCENA II

ANTONIO; PEPITO, que sale por la primera de la derecha.

PEPITO. Oye, Antonio; no te vayas.
ANT. ¿Manda el señorito?
PEPITO. ¿Qué hay
de mi asunto?
ANT. Nada hasta ahora.
PEPITO. ¿Diste mi carta?
ANT. Ayer tarde.
PEPITO. ¿Y la tomó la criada?
ANT. ¡No que no! Con veinte reales
de propina.
PEPITO. Como siempre.
Ya siete cartas amantes
escritas con todo el
fuego que en mis venas arde,
y nada; ni una respuesta.
¡Bien resiste mis ataques!
Es una virtud.
ANT. Constancia
y osadía, y adelante.
PEPITO. ¡Osadía! ¡Hablarme á mí
de valor! ¿Quieres callarte?

No hay otro más atrevido.
Yo voy donde no va nadie.

ANT. Por de pronto, no rechazan
las cartas. Esto ya es grave.
Eso ganamos.

PEPITO. ¡Ganamos!
Mira: la que hasta ahora sale
ganando es esa criada,
Antonio, que es insaciable.

ANT. ¡Qué pedigüeña! (El que gana
hasta ahora es este pillastre,
que aquí están los siete duros
y los siete memoriales.)

PEPITO. ¡Ay! ¡Qué vecina tan mona!
Ven aquí. Dame detalles.
¿Tú has servido en esa casa?

ANT. Unos meses.

PEPITO. ¿Y qué clase
de mujer es esa prójima?

ANT. Una mujer agradable,
caprichosilla y coqueta.
Dice que quiere á ese cafre
de capitán, su marido,
que es un tío de un carácter
insoportable, una especie
de oso blanco.

PEPITO. ¡Capitanes
á mí!

ANT. Y así lo parece.
Todo el día están llamándose.
«Leonor...» «Juanito...» «Ven...» «¿Dónde?»
«Monín...» «Rica...» Hay que encerrarse
en la cocina; mas luégo,
cuando él se marcha de viaje
—porque estuvo en la remonta,—
nunca quiere acompañarle
porque dice que la sienta
muy mal el mudar de aires.

PEPITO. Sospechoso.

ANT. Ya lo creo.

PEPITO. Además, el asomarse
al balcón á todas horas,

¿qué prueba?

ANT. Que la complace
que la vean y la miren
y la paseen la calle.

PEPITO. Sospechoso. Esa criada
es un dato interesante
también. Ya recibe cartas.

ANT. ¡Digo!

PEPITO. Todo el mundo sabe
lo que tiene en casa.

ANT. Claro.

PEPITO. Los criados son la imagen
de los amos.

ANT. ¿Quién lo duda?

PEPITO. Si el criado es un tunante
que guarda dinero...

ANT. El amo,
un bribón

PEPITO. Es indudable.
Oye: ¿dices que esa casa
tiene á la calle del Carmen
la fachada principal?

ANT. Cabal; y la puerta grande.
A más, el cuarto entresuelo
tiene una puerta de escape
que da á ese portal de enfrente.

PEPITO. ¡Hola! Bueno es enterarse.

ANT. Don Juan ha vivido siempre
ahí. No sé con qué planes
la mandó abrir.

PEPITO. Joven, guapo,
soltero y con la agravante
de militar, no es difícil
explicar, sino muy fácil,
para escapar de acreedores
ó abrir por la noche á alguien.

ANT. Hace un año se casó;
la puerta está sin usarse
desde entonces; pero está.
Ni ella ha dicho que se tapie
ni él ha dicho que se cierre.
Él piensa: «más adelante

me podrá servir,» y ella...

PEPITO. Pensará lo que pensare.
Esto sí que es sospechoso,
Antonio; esto sí que es grave.
Dos calles, dos puertas... ¡Lio,
belén!... Pues á aprovecharle.
Por esta puerta secreta
entraré á ver á ese ángel.
Audacia, audacia y audacia.

ANT. Eso; y no desanimarse.
Y vengan cartas, y vengan
propinas, que son las que abren
las puertas.

PEPITO. Cuanto haga falta.

ANT. (¡Ay! ¡Lo que voy á sacarle
á este tonto! Así me vengo.)

PEPITO. Corre á ver si al fin me traes
alguna respuesta.

ANT. Vuelvo.

PEPITO. Y que no vayas en balde.
(Vase Antonio por el foro.)

ESCENA III

PEPITO

Esa mujer hechicera
se ganó mi corazón.
Vamos; es una pasión,
una pasión verdadera.
¡Y cuidado que yo he sido
difícil para querer!
Yo la he sabido correr.
(Se sienta en la butaca,)
A mi edad he conocido
alegrías y placeres,
y penas y desengaños.
He cumplido veinte años.
Que no me hablen de mujeres.
Pero esta... Es fascinación.
Es una rubia divina.

¡Ah! La calle se ilumina.
Es que ha salido al balcón.
(Se levanta y va hacia el balcón.)
¡Ella! Me mira. . la miro...
y su mirada no aparta.
Voy á enseñarla otra carta
y desde aquí se la tiro.
(Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA IV

MANUEL, saliendo por la segunda de la derecha.

Esto es más que una manía.
En locura va á acabar.
Si es que no puedo pensar
otra cosa en todo el día.
Darlo al olvido quisiera;
mas nada, no puede ser
por más que hago. Esa mujer
me gusta de una manera...
No me hace caso... no hay modo.
¡Cuidado que he trabajado!
¡Pero si el estar casado
es estorbo para todo!
¿Qué he de hacer? Esta es la hora
en que se asoma al balcón.
(Mirando por el balcón.)
Ahí está mi perdición.
¡Pero si es encantadora!

ESCENA V

MANUEL; PEPITO, que sale por la primera de la derecha con una carta en la mano.

PEPITO. Aquí está la carta ya.
Esta la va á decidir.
(Al proscenio, enseñándola.)
MAN. Si me atreviese á subir...

PEPITO. Vamos. (Se dirige al balcón y se tropieza con su padre.)

MAN. (¡Mi hijo!)

PEPITO. (¡Mi papá!)
Por fortuna no la vió.

MAN. ¿Qué quieres? ¿Qué vas á hacer?

PEPITO. ¿Yo?... nada. Venía á ver
la temperatura.
(Mirando el termómetro del balcón.)

MAN. Y yo.
Pues veinte grados.

PEPITO. Y un pico.

MAN. Buena tarde.

PEPITO. Buena es.

MAN. (Habrá que volver después.)
Hasta ahora. (¡Maldito chico!)
(Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA VI

PEPITO; CÁNDIDA, que sale por la segunda de la derecha.

PEPITO. ¡Me deja solo!
(Corre al balcón y empieza á hablar y á gesticular.)
Yo soy,
que me asomo para verte,
que vivo para quererte,
mucho ayer, más que ayer, hoy.
Porque te asomas me asomo,
y si entras, subo tras tí.
¡Capitancitos á mí!
Al capitán me lo como.
Si conmigo el pobrecito
se halla, *requiescat in pace*.
(Accionando con exageración.)

CAND. Pero, Pepito, ¿qué hace?

PEPITO. ¡Remonísima! (Enviando un beso.)

CAND. ¡Pepito!...

PEPITO. ¡Cándida! (Siempre celosa
me espía.)

CAND. ¿Qué estás haciendo?
PEPITO. Yo... nada; estaba diciendo:
«¡Ay! ¡Qué tarde tan hermosa!
¡Ah! ¡Qué tiempo tan divino!
Si mejor no puede ser.»
(Accionando como antes.)
CAND. ¿Y para eso hay que mover
los brazos como un molino?
PEPITO. Sabes que soy tan vehemente...
(Cándida se aproxima al balcón.)
CAND. Pero ¿qué estabas mirando?
PEPITO. Pues nada
(Cándida mira y ve á la vecina al balcón)
CAND. ¡Estabas hablando
con la vecina de enfrente!
PEPITO. No lo creas.
CAND. ¡Ay, Dios mío!
PEPITO. ¡Pero, por Dios, prima mía!...
CAND. Yo se lo cuento á mi tía
y se lo cuento á mi tío.
PEPITO. Pero tanto desconsuelo,
¿por qué? ¡Jesús! ¡Qué chicuela!
CAND. Yo se lo diré á tu abuela
y se lo diré á tu abuelo.
PEPITO. Vamos; si te ven así
les darás un verdadero
disgusto.
CAND. Ya no te quiero.
PEPITO. Yo, en cambio, te quiero á tí.
CAND Esta ya no te la paso.
Escucha bien lo que digo:
ya no me caso contigo.
PEPITO. Pues yo contigo me caso,
óyelo bien.
CAND. ¡Qué malvados
de hombres! ¡Parece mentira!
¡Porque es rubia y porque mira
con los ojos entornados!
PEPITO. Pero si es un esperpento
esa rubia del balcón.
CAND. Es guapa.
PEPITO. ¡Qué sofocón

con tan poco fundamento!

ESCENA VII

DICHOS; DON FELIPE, por la primera de la izquierda.

FELIPE. Pero, ¿qué sucede aquí?
PEPITO. (Mi abuelo. Calla, por Dios.)
Pues nada; hablando los dos...
Nada.
CAND. Diga usted que sí.
Hablaré, mal que te pese.
FELIPE. ¿Qué dices tú? ¿Cómo hablando
si la chica está llorando?
CAND. Estoy llorando por ese.
PEPITO. Abuelo... yo...
FELIPE. La verdad.
CAND. Ya no hay novios, ya no hay bodas,
porque á ese le gustan todas.
FELIPE. Pero hombre, ¡qué atrocidad!
PEPITO. Don Felipe, si no es
cierto, si es una ilusión.
FELIPE. ¿Todas? Le sobra razón.
Que te gusten dos ó tres...
CAND. ¿Cómo tres? ¡Pues bueno fuera!
FELIPE. No seas tan vivaracha.
Una tras otra, muchacha,
hasta hallar la verdadera,
la buena, la que ha de ser,
la que en verdad interesa.
En cuanto se encuentra á esa,
no se mira á otra mujer.
Estaréis pronto casados
y eso es una villanía.
¿Estamos en Morería
ó en la calle de Preciados?
Hará bien en no quererte,
y hará bien en no casarse.
PEPITO. (¡Y ésta, en lugar de callarse,
se pone á llorar más fuerte!)
FELIPE. Anda, hombre, que llora á gritos...

No te quedes como lelo.
¡Simplicio! Saca el pañuelo
y límpiala los ojitos.

PEPITO. Si no quiere.

FELIPE. Aunque no quiera.

PEPITO. Cándida...

(Pepito saca el pañuelo y limpia los ojos á Cándida.)

FELIPE. Si es una niña.
Eso después de una riña
las gusta de una manera...
Díla cosas cariñosas. (Bajo.)
diminutivos... «Monina,
chiquitina, chilindrina...»
Si las gustan esas cosas
mucho.

PEPITO. Pero, ¿aún enfadada?
Pero, ¿no se te pasó?
Pero dí, ¿qué te he hecho yo?

FELIPE. Pero si no te ha hecho nada,
si te quiere con locura.
Le has de perdonar por mí.
Cógela una mano... así...
y la otra por la cintura.

CAND. Déjame.

PEPITO. Cándida bella...

CAND. No soy rubia.

FELIPE. Ya se ablanda.
Ahora te la llevas, anda. (Bajo.)

PEPITO. Candidita...

FELIPE. Anda con ella.

(Vanse los dos: segunda de la derecha.)

ESCENA VIII

DON FELIPE; después FERMINA, por el foro, con un periódico en la mano.

FELIPE. Son felices. Es la edad.
En regañar se entretienen

los dos. Los muchachos tienen
muy poca formalidad.
Ya variarán... ¡Ya lo creo!
El tiempo, pára los piés.
Los años nos dan después
juicio y aplomo.

FERM. (Saliendo por el foro.) El correo.
(Deja el periódico sobre el velador.)

FELIPE. ¡Ay, Fermina! Acércate.

FERM. No; me esperan.

FELIPE. Déjalos.
Pero, ¿por qué te hizo Dios
tan bonita?

FERM. No lo sé.

FELIPE. Pero, ¿por qué te han traído
á mi casa y á mi lado?

FERM. Pues no lo sé.

FELIPE. ¿Has olvidado
ya lo que te he prometido?

FERM. Señor...

FELIPE. ¿Te quieres callar?
Tu amo te prometió
darte un abrazo.

FERM. A mí, no.

FELIPE. Ahora te lo voy á dar.

FERM. ¡Darme á mí un abrazo!

FELIPE. Y tres.

FERM. ¿A mí? ¡Cómo!

FELIPE. Verás cómo.
(La persigue. La muchacha huye y se escapa por el foro. Don Felipe viene al proscenio y dice con mucha gravedad.)
Los años dan un aplomo
y una seriedad después...
Bueno; esto es un crimen, sí.
¡Marido, padre y abuelo,
con arrugas y sin pelo
ponerme fuera de mí,
perseguir, galantear,
pretender... ¿quién lo negó?
Es un crimen; pero yo
no lo puedo remediar.

Yo soy un viejo por fuera,
turulato y medio ciego;
mas por dentro aún arde el fuego
todo de la edad primera.
Aquí una calva maldita
reluciente como el sol,
y aquí dentro un Ravachol
preparando dinamita. (Pausa.)
¿Qué puedo hacer?
(Se pasea, llega al balcón y repara en la vecina.)
¡Ay, Dios mío!
¡La rubia del entresuelo!
¡Qué dentadura! ¡Qué pelo!
¡Qué mirada de desvío,
y qué ojos azul turquí,
y qué cuerpo tan erguido,
y qué retebién me ha ido
con las rubias siempre á mí!
Con todas; mas no con ésta.
Con ésta voy derrotado.
Y ese Antonio condenado,
no me trae una respuesta.
(Haciendo muchos gestos y accionando mucho.)
Sí señora; la incomodo
mirando, mas ¿qué he de hacer?
Es usted una mujer
que adoro con calva y todo.

ESCENA IX

DON FELIPE; TULA, por el foro.

TULA. ¿Qué hace mi marido?
FELIPE. Enfrente
el sol.
TULA. Felipe...
(Tula tiene un acento andalúz muy marcado.)
FELIPE. ¡Demonio!
(Sigue moviendo los brazos como si saludara á alguien.)
Vaya, adiós, adiós, Antonio.

En el Suizo .. Corriente.
Bueno; adiós.

TULA. Pero ¿quién pasa
por la calle?

FELIPE. Un conocido,
Antonio; ¿no lo has oido?
Antonio que va á su casa.

TULA. Mas ¿qué Antonio es ese!

FELIPE. Adiós.
(Tula se acerca al balcón)
Ya no se le puede ver.
Ahora acaba de volver
la esquina.

TULA. Vaya con Dios.
Hijo, ¡qué exageración!
¡Qué modo de saludar!
Pues ni que vieras pasar
¿qué sé yo? Tu salvación.

FELIPE. Antonio...

TULA. Siéntate aquí.
No te he visto en todo el dia
y me da tanta alegría
hablar contigo...

FELIPE. Y á mí.
(Se sientan juntos.)

TULA. Háblame; dí cualquier cosa.

FELIPE. ¿De qué quieres que te hable?

TULA. Dí alguna cosa agradable
á tu pobrecita esposa.

FELIPE. Tula .. (Dándole golpecitos en el hombro.)

TULA. ¿Qué?

FELIPE. Tula... (Idem.)

TULA. ¡Bribón!

FELIPE. Pues... (No se me ocurre nada.
Está muy deteriorada
la pobre. No hay ilusión.)

TULA. Vamos; sigue ó me incomodo.

FELIPE. Pero, querida parienta,
¿qué he de decir si en cuarenta
años te lo he dicho todo?

TULA. Bien; pues vuelves á empezar,
Felipe, no seas tonto.

¡Ay! Sí; cuarenta años pronto
que me llevaste al altar.
¡Ay! ¡Qué día! ¡Qué bonita
decían que estaba yo
con mi vestido de gro,
mi cola y mi coronita!
En mis cabellos rizados
un largo velo de tul;
y tú con tu frac azul
con los botones dorados.
¿Te acuerdas?

FELIPE. Como hoy te veo.
Pero, ¡qué felices fuimos!

TULA. ¿Te acuerdas cuando tuvimos
á Manuel?

FELIPE. ¡Pues ya lo creo!

TULA. ¿Te acuerdas del viaje?

FELIPE. Sí.

TULA. ¿Te acuerdas del día en que
de la casa te saqué
de una amiga?

FELIPE. ¡Ay! Sí; salí
cogido por las orejas.

TULA. Con rabia tiraba yo
y la calle se llenó
con tus quejas y mis quejas.

FELIPE. Tula... (Dándola golpecitos en el hombro.)

TULA. ¡Ay, Dios! ¡Qué cantinela
tan tonta me estás cantando!
Parece que estás hablando
á alguna perra, ¡canela!

ESCENA X

DICHOS; CÁNDIDA, por la segunda de la derecha.

CAND. (Su abuela lo ha de saber.)

TULA. Hola, Cándida.

CAND. Adiós, tía.
¿Cómo está usted?

FELIPE. (¿Quién diría

que fué rubia mi mujer?
Aprovecho la ocasión.)

TULA. Adiós, Felipe.

FELIPE. Tulita...
(Dándola golpecitos en el hombro.)

TULA. ¡Y dale!

FELIPE. (Ha sido bonita;
pero ya no hay ilusión.)
(Vase por la primera de la derecha.)

ESCENA XI

TULA y CÁNDIDA

CAND. ¡Ay, Dios!

TULA. ¿Estás mala?

CAND. No;
estoy rabiosa.

TULA. ¿Por qué?

CAND. La venía á hablar á usté.

TULA. ¿Qué es ello? Cuéntamelo.

CAND. De su ayuda necesito.
Usted puede corregirle.
Es necesario decirle
algo muy serio á Pepito.

TULA. ¿A mi nieto? Le diré
cuanto quieras.

CAND. Bien, señora.

TULA. ¿Qué hace ese pillo?

CAND. Enamora
á toda mujer que ve.
Que le soy indiferente
del todo me está probando.
Ahora le he pillado hablando
con la vecina de enfrente...
En ese balcón, ahí,
echándola unos ojazos...
declamando con los brazos
y con las manos, así.

TULA. (¡Ah! Pues el otro de «adiós,
Antonio,» estaba diciendo

lo mismo.)

CAND. Ya voy creyendo
que no hay nada entre los dos.

TULA. Vamos, niña, calma; cede.
Es joven y atolondrado.
Eso que á tí le ha pasado,
á cualquiera le sucede.
Presta oído á mi experiencia
que es la madre del saber.
Con ellos hay que tener
su mijita de paciencia.
Si en un lío le sorprendes,
hoy sus líos no son graves.
Todo hombre la corre, ¿sabes?
Este es un axioma, ¿entiendes?
Si son esos caballeros
tan frágiles en amor,
es muchísimo mejor
que la corran de solteros.
¿Pepe se divierte ahora?
Mejor. Le verás cansado
muy pronto. ¿Tú no has estado
en los toros?

CAND. No señora.

TULA. Sale el toro hecho una fiera
cuando le abren el toril,
y da cien vueltas y mil,
salta y salta la barrera,
y tantas cornadas da,
que un asta se queda roma,
y al fin se cansa y se aploma,
y á una querencia se va.
Deja que Pepe haga *mú*,
y que corra y se deslome.
Ya vendrá cuando se aplome,
que su querencia eres tú.

ESCENA XII

DICHOS; ROSA, sale por la segunda de la derecha.

TULA. ¿Has salido?

ROSA. Sí, mamá;

sólo un momento. Tenía
que hablar contigo.

TULA. Pues habla.

ROSA. Á solas.

TULA. Déjanos, niña.
Tu tía tiene que hablarme.
Anda, y no seas celosilla.
(Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XIII

TULA y ROSA

ROSA. Esto no puede seguir
así. No hay quien lo resista.

TULA. ¿Qué sucede? ¡Estás nerviosa!
¿Alguna mala noticia?

ROSA. Estoy furiosa.

TULA. ¡Jesú!

ROSA. Desesperada.

TULA. ¡María!

ROSA. Con hidrofobia.

TULA. ¡Y José!
Que la Trinidad te asista.

ROSA. Es necesario, preciso,
urgente, que usted le diga
algo á Manuel.

TULA. ¿Á mi hijo?

ROSA. Á mi marido.

TULA. (La misma
historia de la muchacha,
enmendada y corregida.)
¿Qué hace Manuel?

ROSA. No lo sé.
Nada bueno. En todo el día
no pára en casa. No almuerza,
no come... Siempre de prisa
entra y sale, y sale siempre
con una *toilette* distinta.
Parece que hace comedias
por actos. Nada; conquistas,

juergas, belenes y líos,
y escándalos y queridas,
y la señora esperando
hasta que el señor se digna
venir, allá con la aurora,
que también, porque es bonita,
le gusta.

TULA. ¡Válgame Dios!
¡Ay, qué disgusto, hija mía,
me das! Mira; con los hombres
hay que tener su mijita
de paciencia.

ROSA. Se ha acabado
toda la que yo tenía.

TULA. ¿Tú has estado en el Hipódromo,
Rosa?

ROSA. No lo sé.

TULA. Pues mira;
los hombres, mal comparados,
son lo mismo, si te fijas
un poco, que los caballos
de carrera. Están en fila;
da la señal la campana:
arrancan llevando encima
al pelele del jokey;
el público los anima,
y corren, saltan y vuelan
entre la gente que grita.
Uno se adelanta. Alas
lleva en los piés que no pisan
la tierra; llega el primero;
pero trae de la corrida
tal violencia, que de pronto,
no puede la pobrecita
bestia pararse; anda un trecho
galopando todavía,
y por fin se pára, y vuelve
oyendo la merecida
ovación, caracoleando
con mucha coquetería.
Los hombres, cuando solteros,
la corren, se precipitan,

casi se desbocan. Entran
en el matrimonio un día
sin saber dónde se meten;
pero traen de la corrida
tal ímpetu y tal violencia,
que, de repente, hija mía,
no pueden parar por la
velocidad adquirida.
La siguen corriendo esclavos
de las leyes de la física,
aunque ya con menos bríos,
unos meses ó unos días,
y al fin se paran, y vuelven,
con la cara muy contrita,
á recibir de la esposa
el perdón y una sonrisa.

Rosa. Pero si Manuel ha entrado
hace veinte años.

Tula. ¡Ay, hija!
¡El mío hace ya cuarenta
y dos, y aún está en la pista
dando vueltas! Viejo, cojo
y renqueando; pero aún tira
de los piés. A mí no me hables
de esas cosas; no me digas
nada, porque soy maestra
en aguantar. ¡Ay! ¡La vida
que me ha dado mi Felipe!...
A unas, para su desdicha,
las da por la imitación
Hieren porque están heridas
y faltan porque las faltan;
á otras, honradas y dignas,
por la desesperación;
y á mí, que soy muy tranquila,
me dió por la devoción.
¿El á una juerga? Yo me iba
á la iglesia á suplicar
por él. Fuí en rogativa
á Lourdes. Y no ha habido santo
que no rece. A Santa Rita
abogada de imposibles;

y por ser cosa perdida
mi marido, á San Antonio,
que halla las que se extravían,
y á San Roque el abogado
contra la peste. ¡Ay! ¡Qué vida
me ha dado! Mírate en mí.
Ver un mal mayor, alivia.

ESCENA XIV

DICHOS; FERMINA, por el foro con un quinqué encendido que deja sobre la mesa. Después MANUEL, por la segunda de la derecha.

TULA. Has hecho bien en traer
luces.

FERM. Ya está la comida.

TULA. Pues entonces, á cenar.

ROSA. Manuel... Manuel...
(A la segunda de la derecha.)

MAN. (Saliendo por la segunda de la derecha.)
¿Qué querías?
¿Me llamas?

ROSA. Ven á cenar.

MAN. Hija, no tengo ni pizca
de ganas. Tengo una junta
además.

ROSA. (¡Siempre las mismas!)
Pues es preciso comer.

MAN. (¡Ay! ¡Qué cenas de familia!)
Bien; tomaré un bocadillo.

ROSA. Un bocadillo y de prisa.
La cuestión es escapar
pronto.

MAN. Una junta de minas...
(Vanse Rosa y Manuel por el foro de la izquierda.)

ESCENA XV

TULA y FERMINA

FERM. Me alegro encontrarme á solas
con usted.

TULA. ¿Por qué, Fermina?
FERM. Porque la tengo que hablar
en secreto.
TULA. (¡Ave María!
Tengo más consultas hoy
que las que tuvo Cortina
en mis tiempos.) ¿Qué sucede?
FERM. El caso es que no debía
decir... y que debo hablar...
mas si digo... me fatiga
darla un disgusto.
TULA. Pues dámelo,
y déjate de pamplinas.
FERM. Pues es preciso, señora,
urgente, que usted le diga
algo al señor.
TULA. ¿Qué señor?
FERM. Don Felipe. Todo el día
con bromas y chicoleos
y miradas atrevidas...
Y si un día se propasa,
y si mi novio le pilla,
va á ver aquí una cuestión.
Es preciso que la impida
usted...
TULA Pero, ¿qué me cuentas?
FERM. Pues no es ninguna mentira.
A ver, ¿qué vamos á hacer?
TULA. ¿Sabes tú lo que yo hacía
en tu puesto?
FERM. Usted dirá.
TULA. Llamaba á un mozo en seguida,
y con mi cofre y el mozo,
á la calle derechita.
FERM. ¡Señora!...
TULA. Tierra por medio,
cuando la virtud peligra.
Felipe... ven á cenar.
(¡Qué tres! Son como las hijas
de Elena. Salvo ser hijos,
la consecuencia es la misma.
Son tres y ninguno bueno,

y el peor el estantigua
de mi marido. Qué falta
les está haciendo á esa trinca
que se metan en un lío
muy gordo, y que una paliza
les den, ó un susto muy gordo,
á ver si se desaniman
y si...) Felipe .. á cenar.
(Y si...) Felipe... se enfría.
(Vase por el foro de la izquierda)

ESCENA XVII

FERMINA; DON FELIPE, por la primera de la izquierda; después, ANTONIO por el foro, con una fuente y servilleta.

FERM. ¡Por ser honrada, perder
una casa! ¡Buena suerte
la mía!
FELIPE. (Saliendo.) ¡Fermina sola!
¡Qué ocasión! Lo que se debe
se paga. (Se adelanta de puntillas y la abraza.)
FERM. ¡Señor!...
FELIPE. ¡Fermina!
FERM. ¡Suélteme usted!... ¡Que me suelte!
ANT. (Saliendo con la fuente de la comida.)
La cena en la me... (Viendo lo que pasa.)
¡me gusta!
FELIPE. Allá voy. (¡Impertinente!)
(Vase don Felipe por el foro de la izquierda.)
ANT. ¿Lo ves? ¡Si yo mato á uno!
(Baja al proscenio.)
FERM. Hombre... no te dé tan fuerte.
ANT. ¡Abrazarte!
FERM. ¡Si es un viejo,
un infelíz que no puede
con la bula! ¡un cojitranco!
ANT. Pero los brazos los mueve
muy bien. No le he dado un golpe,
porque es el pobre un pelele.

FERM. ¡Ay, qué mal te sienta Mayo!
ANT. Pues lo mismo que Setiembre.
FERM. Tú vas á ser más celoso
que un griego.
ANT. Cuando se quiere...
FERM. Anda á servir.
ANT. Allá voy.
¡Le voy á meter la fuente
por las narices!
FERM. ¡Antonio!
ANT. ¡El demonio del vejete!
(Vase por el foro de la izquierda.)

ESCENA XVII

FERMINA; después, PEPITO

FERM. Hay que salir de esta casa,
no hay más remedio. ¡Qué gente!
El señorito no ha ido
á cenar. ¿Qué le sucede?
Señorito... está la cena.
(Llamando á la primera de la derecha.)
PEPITO. Allá voy. (Saliendo por la primera de la derecha.)
¡Qué cuerpo tienes
tan bonito! ¿Yo cenar
y tú aquí?
FERM. (¡Otro y van siete!)
PEPITO. Me gustas más, te lo juro,
más que todas las mujeres.
FERM. ¡Señorito!...
PEPITO. Que te quiero.
FERM. ¡Señorito!...
PEPITO. Que me pierdes.
FERM. ¡Señorito! (Pepito la abraza.)
ANT. Señorito... (Aparece en el foro.)
PEPITO. Voy.
ANT. (¡Pero esto es indecente!)
PEPITO. (Bajo al pasar por delante de Antonio.)
¿No te dije que yo era
muy atrevido? Ahí lo tienes.

(Vase por el foro de la izquierda.)

ANT. Usted... Yo.. Pero... ¡Fermina!...

(Baja al proscenio.)

FERM. ¡Pero qué pesado eres!
Si es un chiquillo.

ANT. Por eso
no le he arrimado un moquete.
Me la han de pagar... Por estas.
¡Abrazarte el insolente!
Mira si no me la pagan.
Como que soy de Albacete.
Ve á servir. Yo aquí me quedo.

FERM. Pero Antonio...

ANT. Que me dejes.
Dentro de un rato le dices
al señor, sin que se enteren,
que venga.

FERM. ¿Qué vas á hacer?

ANT. Nada.

FERM. ¡Antonio!

ANT. Calla y vete.

(Vase Fermina por el foro de la izquierda.)

ESCENA XVIII

ANTONIO

Mira si no me la pagan.
Ya tengo aquí en el caletre
una idea... como mía.
¿No quieren esos imbéciles
una cita? Va á citarlos
ahora mismo la de enfrente.
Los encuentra el capitán,
que es un mocito muy terne,
en su casa, y á los dos
enamorados los mete
un pié de paliza que
están en cama dos meses.
Aquí tengo lo preciso.
Vamos á hacer el billete

amoroso. (Se sienta á la mesa.)
He sido un buen
pendolista. De Turleque
fuí el maestro de escuela;
después me trajo la suerte
á criado, que es mejor,
porque un criado come y bebe.
La letra de la señora
son unos puntitos tenues
como pulgas. Esta es.
La imito perfectamente. (Escribe.)
«Cedo. Aguardo. Por la puerta
»secreta, hoy á las nueve.
»Señal: una luz.—*Leonor.*»
Es la luz que siempre enciende
después de comer. Esta es
para el viejo. ¡Qué julepe
te van á dar! La otra igual.
«La hora... la luz... Tuya siempre.»
Esta para el atrevido.
¡Abrazarla el mequetrefe!
Para el señor tengo llave
y todo. Ya, ¿qué más quiere?
La que hice para salir
de noche sin que me viesen.
Ahora habrá que perfumarla.
A ver, ¿qué es este paquete?
Lo que sea: huele bien.
Me sirve divinamente.
Ahora se las doy, y luégo
ya veremos cómo vuelven.
¡Mira si no me las pagan
el niño y el viejo verde!

ESCENA XIX

ANTONIO; DON FELIPE, por el foro de la izquierda.

FELIPE. ¿Me llamabas?
ANT. Sí.
FELIPE. ¿Noticias?

ANT. Lo que esperaba impaciente:
una carta.
FELIPE. Dame acá.
Ten cuidado por si vienen.
¡Ay! Siempre que abro una esquela
de una mujer, se obscurece
mi vista, y tiemblan mis manos.
Es que soy un ramillete
de nervios.
ANT. Vamos, señor.
FELIPE. La conquista ciento veinte...
de las difíciles. Veamos. (Leyendo para sí.)
¡Ah!... ¡ah!... ¡ah!... ¡Cayó en mis redes!
En este blanco papel,
que tantas dichas ofrece,
puso sus dedos de rosa,
puso sus manos de nieve. (Besa la carta.)
Antonio... ¿á qué huele esto?
ANT. Pues esto huele. .
FELIPE. ¿Á qué huele?
ANT. Á jazmín.
FELIPE. ¡Huele á tabaco!
ANT. Á gloria.
FELIPE. La gloria en breve
para mí. Saca mi ropa...
corre. La corbata verde,
el chaleco blanco, guantes
lila... de mis alfileres
el más rico. Antes que vuelvan,
me sorprendan y se enteren.
(Vase Antonio por la primera de la izquierda.)

ESCENA XX

DON FELIPE

Hay que hacer una *toilette*
detenida y estudiada.
Primero la maquinilla;
(Enciende la maquinilla, y pone las tenacillas de rizar el pelo.)
sobre el alcohol las tenazas.

Hay que sacar al bigote
dos puntas muy afiladas,
que en los ganchos de las guías
he enganchado muchas almas.
La maquinilla... ¡Qué dulces
recuerdos! Yo idolatraba
á una mujer... Yo tenía
quince años, cuatro semanas
y dos días. He empezado
muy temprano, y por las trazas...
yo voy á concluir muy tarde.
Un día frente á su casa
me paseo, sale el padre,
subo, me abre la muchacha,
una rubia de catorce
mayos... También empezaba
tempranito la chiquilla.
Sobre el tocador la máquina
y las tenacillas... «Luisa...»
«Felipe...» «Amor mío... ¿me amas?»
«Te amo.» «Te amé.» «¿Me amarás?»
«Te amaré.» «Si no me amaras...»
«¿Cómo no amarte?» «¿Á quién yo
amaría?» «Te amo.» «¿Me amas?»
«Nos amaremos. Amando
viven bien los que se aman.»
(Se oye toser dentro á Manuel, que sale por el foro de la izquierda, y don Felipe se dirige al tocador y empieza á dar hierro á los bigotes.)

ESCENA XXI

DON FELIPE; MANUEL, que sale por el foro de la izquierda. Don Felipe se quita la levita.

MAN. (He hecho como que he cenado
y me largo. Há tres mañanas
ví marcharse al capitán.
Sola está con la criada.
¡Si yo encontrase un pretexto!...
Yo subo esta noche. Audacia.

Salga el sol por Anteqnera,
ó salga por donde salga.)

(Vase por la segnnda de la derecha. Sale Antonio de la primera de la izquierda y atraviesa la escena, yéndose por el foro de la izquierda.)

FELIPE. Quedamos en que en la mesa
las tenacillas estaban.
A lo mejor del coloquio
la campanilla. ¿Quién llama?
«¡Abre!... «¡Mi padre! ¡Huye!» «¿Cómo?»
«Escóndete, que nos mata.
Pronto...» «¿Dónde?» «El tocador.»
Era un tocador con faldas.
Me acurruco como puedo;
penetra el padre en la estancia:
junto al tocador se sienta,
y coge las malhadadas
tenacillas. Juguetea
con ellas que hechas un áscua
estaban, describe líneas,
y en una de ellas me agarra
las narices. ¿Que grité?
No señor; no dije nada;
callé. Yo sé dar la vida
por el honor de una dama.
Desde entonces siempre llevo
las narices encarnadas.

ESCENA XXII

DON FELIPE y PEPITO; después MANUEL

PEPITO. (Saliendo por el foro de la izquierda.)
(Soy dichoso, soy felíz.
¡Oh, carta, carta adorada!
Voy á vestirme. Osadía.
La amo, me quiere y me llama.)

(Vase Pepito por la primera de la derecha.)

FELIPE. Debo ponerme algo pálido;
una cara un poco lánguida
hace muy interesante...

Hasta los ojos se agrandan.
Agua de Louvaín, Colonia,
Opoponax, Chipre, Aida...
(Se da polvos en la cara y se perfuma.)

PEPITO. (Saliendo por la primera de la derecha.)
¿Tienes ahí las tenacillas?
Y dispensa. Me hacen falta.
(Sale en mangas de camisa.)

FELIPE. Tómalas

PEPITO. Este bigote
es rebelde. Es una jara

MAN. (Saliendo por la segunda de la derecha en mangas de camisa.)
¿Tienes cosmético ahí?

FELIPE. Creo que sí. Toma.

MAN. Mil gracias.
(Don Felipe se perfuma; Pepito se riza el bigote y Manuel se da cosmético en el bigote: todos quedan en fila frente al público. Dan las nueve dentro, y después de una pequeña pausa todos miran al balcón disimuladamente.)

FELIPE. (La hora. Ya me está esperando.)

PEPITO. (Ya me espera.)
(Mirando por detrás de don Felipe.)

MAN. (Mirando por detrás de Pepito.)
(Su ventana.)

FELIPE. (¡La luz!)

PEPITO. (¡Una luz!)

MAN. (¡Hay luz!)

FELIPE. ¿Decíais?
(Volviéndose de pronto hacia ellos.)

PEPITO. Nada.
(Vase por la primera de la derecha.)

MAN. Nada.
(Vase por la segunda de la derecha.)

ESCENA XXIII

DON FELIPE

Ahora la transformación.
(Escucha á ver si se acercan por el foro.)

Nadie. Aunque yo tengo calva,
tengo pelo. Hay un secreto
en mi tocador que guarda
un prodigio.
(Abre un cajoncito y saca una peluca rubia.)
Esta peluca
rubia, que es una monada. (Se la pone.)
Soy otro. Veinte años menos.
¡Vienen! Soy un tarambana.
(Vase por la primera de la izquierda.)

ESCENA XXIV

TULA, ROSA y CÁNDIDA; las tres salen por el foro de la izquierda.

TULA. Pero, Dios mío, ¡qué hombres!
¡Qué impacientes! ¡Se levantan
sin acabar de cenar!

ROSA. Sin empezar. Si se marchan
sin llevar nada en el cuerpo.

CAND. Absolutamente nada.

TULA. Hijas: no diré yo tanto.
Pero, Dios mío, ¡qué trápalas!

CAND. (¡Qué novio tengo! ¡A mi lado,
sin decirme una palabra!)

ROSA. (¡Qué Manuel! ¡Qué comidita
me ha dado! ¡Tengo una rabia!...)

TULA. Vamos, vamos, hijas mías;
una mijita de calma.

CAND. (Mirando por la primera de la derecha.)
(Se ha ido muy apresurado
á vestir. Sí; de parranda
como siempre.)

ROSA. (Mirando á la segunda de la derecha.)
(Sí; se está
acicalando. Se larga,
y ahí queda eso, hasta las cinco
ó las seis de la mañana.)

TULA. Niñas: no seáis rebeldes.
Acercarse aquí, que os llama

vuestra madre. Tú á este lado,
y tú al otro... así, sentadas.
(Se sientan las tres Tula, en medio.)
Debéis imitar mi ejemplo.
La religión es un áncora
de salvación y un consuelo,
y es un bálsamo que sana
Rezaremos. La oración
tranquiliza y hasta calma
los nervios mucho mejor
que el agua de la Giralda
de azahar. A mucha gente
le hace muchísima falta
que le recemos nosotras,
porque si no no se salva.
Vaya un Padre Nuestro por
las ovejas descarriadas.

ESCENA XXV

DICHAS; PEPITO, que sale por la primera de la derecha con gabán.

PEPITO. ¿Qué hacéis?
TULA. Rezar.
PEPITO. Muy bien hecho.
Adiós, abuela; adiós, Cándida...
Mamá...
CAND. Pero, ¿dónde vas?
PEPITO. Una reunión de importancia
de estudiantes de Derecho.
Son las nueve. Ya me aguardan
en el Suizo. Monina...
Chilindrina.
CAND. Tú me engañas.
PEPITO. Adiós.
CAND. Pero, ¿dónde vas?
TULA. No te levantes.
(Vase Pepito por el foro de la derecha, cantando.)
CAND. (Se levanta y se dirige á la puerta del foro.)
¡Y canta!

ESCENA XXVI

DICHAS, menos PEPITO

CAND. ¡Y le he dejado salir!
¡Y no le arañé la cara!
¡Y no le saqué los ojos!
TULA. ¡Ay, Dios mío! Niña, calla.
¡Se te ha metido el demonio
en el cuerpo!
CAND. Endemoniada
estoy.
TULA. Reza un Padre Nuestro,
chiquilla, para que salga
el enemigo.
CAND. Ya voy. (Corre al balcón.)
«Padre Nuestro...» Es una farsa
lo de la cita... «Que estás
en el cielo...» Ni le llaman
al café... «Santificado
sea tu nombre y que se haga
tu voluntad en la tierra...»
¡Infame!... «Como...» ¡en la casa
de enfrente!
TULA. ¿Qué dices, niña?
CAND ¡Que entra enfrente!
TULA. ¿Quién?
CAND. ¡Se tapa;
pero es él!
ROSA. (Se oye dentro un portazo y se levanta dirigiéndose á la segunda de la derecha.)
¡Ay, madre mía!
TULA. ¿Qué?
ROSA. ¡La puerta!
TULA. ¿Qué te pasa?
ROSA. Por la puerta del pasillo
ha salido á la antesala
Manuel, y, sin despedirse,
se va. ¡Pero qué canalla!
¡Ni decirme adiós!

ESCENA ÚLTIMA

DICHAS; DON FELIPE, que sale por la primera de la izquierda, dispuesto para irse á la calle, saca la peluca puesta y el sombrero de copa en la mano; al verlas, se quita la peluca, la mete en el sombrero y atraviesa la escena cantando.

FELIPE. (¡Las tres!)
Abur. (Vase por el foro cantando.)
TULA. (Pues éste se escapa
también, y también tocando
la trompeta.)
CAND. (¡Está en la casa
de la rubia!)
ROSA. (Si pudiera
seguirle... Si me llevara
de mi genio...)
TULA. Vamos, hijas:
fe, fortaleza y templanza.
Ven tú sobre el corazón
de tu abuela que te ama.
(Abraza á Cándida con el brazo izquierdo.)
Ven tú sobre el corazón
de tu madre.
(Abraza á Rosa con el brazo derecho; las dos se han acercado y se han sentado una á cada lado.)
Ten cachaza.
Nada de palabras fuertes,
ni de insultos, ni amenazas.
La verdad es que las tres
somos muy desventuradas
y los tres unos granujas.
LAS TRES. (Rompiendo á llorar á un tiempo.)
¡Ay, Dios mío de mi alma! (Cae el telón.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Habitación bien amueblada. Balcón á la izquierda en primer término. Puerta en segundo término á la derecha, y en primero otra más pequeña disimulada en la pared y empapelada como la habitación. Puerta al fondo. Próximo al balcón un tocador; entre las dos puertas de la derecha un *secretaire;* á la derecha un velador con servicio para cenar dos personas; delante del tocador un *paravent* Sillas, etc.

ESCENA PRIMERA

LEONOR y FILOMENA

FILOM. ¿Aquí quiere usted cenar?
LEONOR. Aquí estoy mucho mejor.
FILOM. ¿Dónde?
LEONOR. En ese velador.
¿Bastará?
FILOM. ¿No ha de bastar?
LEONOR. Aquí muy tranquila puedo
comer.
FILOM. Bien; como usted mande.
(Filomena acaba de colocar el servicio en el velador, y lo coloca delante del *secretaire.*)
LEONOR. El comedor es muy grande,

estoy sola y tengo miedo.
¡Ay, Filomena! Me enfada
lo cobarde que nací.
Esto es chiquito, y aquí
estoy más acompañada.
El quinqué en el velador,
da más luz. Á mí me hastía
la oscuridad. Da alegría
la luz, é infunde valor.
Y mis terrores se van
viendo mucha luz... así.
Pon ahora enfrente de mí
el cubierto de mi Juan.

FILOM. ¿Vendrá el señorito?

LEONOR. No.
Estuvo aquí hace tres días,
y eso es pedir gollerías.
¿Qué más desearía yo?
No le deja el coronel;
mas ver su cubierto quiero,
pues viendo el plato sopero
pienso que le veo á él,
y paso mejor el rato
con tan hermosa ilusión.

FILOM. (No veo la relación
entre un capitán y un plato.
En fin; está perdidita
por él, y está delirando.)

LEONOR. Anda, y haz lo que te mando.

FILOM. Al momento, señorita. (Vase por el fondo.)

ESCENA II

LEONOR

¡Cenar sin mi maridito,
sola... aquí... qué aburrimiento!
¡Ay! ¡Maldito campamento
de Carabanchel, maldito!
Algún día en el tranvía
voy; mas tengo que volver,

y yo le quisiera ver
todas las horas del día.
Bajo este cielo de España
tan azul, y él á mi vera,
¡con qué alegría viviera
en su tienda de campaña!
Presto acabaran mis males;
mas no es posible, ¡ay de mí!
pues como duermen allí
juntos catorce oficiales...
¡Catorce!... ¡Cuánto esperpento!
Menos él, que es más salado...
Pero, ¿quién habrá inventado
el maldito campamento?
Alguna mala persona
que en fastidiar se entretiene:
algún general que tiene
por generala una mona
fea y antidiluviana,
y, está claro, el buen señor
cuanto más lejos mejor.
Mas para esta capitana
esa es la ley del embudo,
porque joven, y aunque fea,
necesita que la vea
su capitán á menudo.
En fin, no puedo sin él
vivir, no puedo. Mañana,
antes que toquen la diana,
estoy en Carabanchel.

ESCENA III

LEONOR; FILOMENA, por el fondo, con platos y cubiertos.

FILOM. Aquí los platos están.
Ya sus órdenes cumplí.
Pongo otro cubierto. Aquí
tiene usted al capitán. (Coloca el cubierto.)

LEONOR. ¡Ojalá! Pluguiera á Dios

que fuera lo que me dices.

FILOM. Y aquí tiene dos perdices.
Para dos perdices, dos. (Coloca las fuentes.)
A comer tan ricamente.

LEONOR. (Va á sentarse y se queda de pié apoyada en la silla.)
No tengo gana aunque es tarde.

FILOM. Usted dice que es cobarde.
Yo digo que es muy valiente.

LEONOR. Tú lo dirás.

FILOM. Lo es usté,
pues tranquila, sin temblar,
se pone usted á cenar
cerca de esa puerta.

LEONOR. ¿Y qué?

FILOM. Me da miedo, francamente.
La tengo una prevención...
Creo que va á entrar un ladrón
y á cogerme de repente.
Y después como al señor
don Juan le dió la manía
de entrar por ahí noche y día
de escondite... á lo mejor
estoy sola aquí limpiando...
Un ruido... una sombra... grito...
«¡Eh, muchacha'» El señorito,
sin saber cómo ni cuándo.
Señorita: nadie pasa
los sustos que sufro yo
desde que usted se casó
y vinimos á esta casa.

LEONOR. Dí, tonta; ¿y no se te alcanza
que por eso estoy aquí?

FILOM. ¿Por si entra de pronto?

LEONOR. Sí:
siempre con esa esperanza.
Por eso aquí estoy alerta
ante el plato sin comer.
Tú no puedes comprender
los encantos de esa puerta.
Hay para mí, en ese umbral,
que á tí te parece triste,

una ilusión que no existe
en la puerta principal.
Engendran tal ilusión
lo secreto, lo escondido...
casi casi lo prohibido
que tiene tanta atracción.
Yo aquí esperándole... ¡Cuánto
tarda! ¿Vendrá ó no vendrá?
Ya es hora... No es hora ya.
La incertidumbre, un encanto.
¡Pasos! Este debe ser.
Llaman á la puerta quedo...
abro la puerta con miedo...
¡El misterio! ¡Otro placer!
Es mi Juan; se precipita
en mis brazos .. Bien está
en ellos Después se va
por donde vino.... Una cita.
Aunque breves los instantes,
al fin nos pudimos ver.
Somos marido y mujer;
pero somos dos amantes.

FILOM. Vaya, vaya; eso es jugar
á quererse; eso supone
que están locos, y perdone
el modo de señalar.
Yo tendría muy bastante
con una puerta, y no pido
al cielo más que un marido,
aunque sea poco amante;
uno á quien pueda sufrir
aunque su carácter tenga,
pero que á mi casa venga
por donde deba venir.
Y nada de puerta falsa,
y nada de tapadillo.
Voy á ver el solomillo
no se me pegue la salsa. (Vase por el fondo.)

ESCENA IV

LEONOR

A comer. Vendrá mañana...
Lo que es hoy... ¡Negra fortuna! (Se sienta.)
Para dos perdices, una:
y una que no tiene gana.
Esto sí que no es placer.
Comer sola... ¿A qué sentarme?
Me falta él para animarme
y para hacerme comer.
«Sírvete más.» «Dame un poco.»
«La pechuga está exquisita.»
«Acércame la patita.»
Las patas le vuelven loco.
(Se pone de pié y escucha.)
No me quisiera engañar...
(Se acerca á la puerta de escape.)
¿Habrá podido venir?
¡Su manera de subir...
(Dan dos golpes á la puerta.)
y su modo de llamar!
(La llave está en la cerradura. Leonor abre.)

ESCENA V

LEONOR y PEPITO

LEONOR. ¡Por fin! Te esperaba.
(Pepito entra rápidamente. Leonor cierra y al volverse se encuentra con él.)
¡Oh!
PEPITO. (¡Me colé! ¡Ya me colé!)
LEONOR. ¡Un hombre! ¿Quién es usté?
PEPITO. ¿Que quién soy yo? Pues soy yo.
LEONOR. Se equivoca usted, señor.
PEPITO. No señora.
LEONOR. (¡Ay! ¡Qué asustada!)
PEPITO. (Recitando embelesado.)

«Por la puerta reservada.
Dos golpes. Tuya. Leonor.»

LEONOR. ¿Qué dice?

PEPITO. Confieso á usté
que he subido la escalera
con un miedo de primera.
Antes de llamar sudé.
El temblor no se me quita.
Soy joven, me falta aplomo;
aún soy muy joven, y como
esta es mi primera cita...

LEONOR. Pero á usted, ¿quién le ha citado?
¿Por qué en mi casa se mete?

PEPITO. ¿Y el billete?

LEONOR. ¿Qué billete?

PEPITO. El billete perfumado,
el mensajero de amor.

LEONOR. ¿Quién entiende esta charada?

PEPITO. «Por la puerta reservada.
Dos golpes. Tuya. Leonor.»
Al fin triunfó mi pasión,
y al cabo la he convencido.

LEONOR. ¡Ah! Ya le he reconocido.

PEPITO. Yo soy...

LEONOR. El que está al balcón
cuando en el balcón estoy,
mirando constantemente.

PEPITO. Yo soy...

LEONOR. El impertinente,
el estúpido...

PEPITO. Yo soy.

LEONOR. (¡El muy necio se atrevió!...
¡El muy audáz se propasa!...)
Salga usted ya de mi casa,
salga usted.

PEPITO. ¿Marcharme? No.
Pues mujer tan hechicera
me llama y me he decidido
á venir; ya que he venido
que sea lo que Dios quiera.
No me marcho aunque se enoje.
Me llamó.

LEONOR. ¿Que le llamé?
PEPITO. Me llamó; pues haga usté
de mí lo que se la antoje.
LEONOR. ¡Eh! Basta ya, caballero,
que la broma es muy pesada.
Soy una mujer casada
y sólo á mi esposo quiero.
Le engañó quien le citó,
si es que alguno le ha citado.
Este es un hogar honrado.
Salga usted.
PEPITO. ¿Marcharme? No.
Obedecerla no puedo
aunque quiero obedecerla.
Tuve miedo antes de verla;
pero ya no tengo miedo.
Ya tengo ánimos y fe
y valor. Soy una fiera.
LEONOR. Si el capitán estuviera
aquí, le mataba á usté.
PEPITO. ¿Me mataba?
LEONOR. Le mataba.
PEPITO. Pero el capitán no está,
¿verdad, señora?
LEONOR. ¡Ojalá!
PEPITO. ¡Y decía que me amaba!
(Leonor corre á la puerta chiquita y escucha.)
LEONOR. Silencio.
PEPITO. ¿Qué escucha usté?
LEONOR. ¡Es él, es él, de seguro!
Entrará.. le ve...
PEPITO. ¡Qué apuro!
LEONOR. Solos y juntos nos ve...
PEPITO. Yo me marcho. (Dirigiéndose al fondo.)
LEONOR. Por ahi no.
¿Los criados, qué dirán?
(Suenan dos golpes en la puerta chiquita.)
PEPITO. Llaman...
LEONOR. ¡Juan!
PEPITO. ¡El capitán!
¿En dónde me meto yo?
LEONOR. Allí. Veremos después.

(Señalando el *paravent.*)
¡Por este loco!...

JUAN. Leonor... (Dentro)

LEONOR. Serenidad y valor.
¿Qué hace usted?

PEPITO. Salgo por piés
(Se mete en el balcón.)

ESCENA VI

LEONOR; JUAN, por la puerta secreta, de uniforme.

JUAN. ¡Leonor de mi vida!

LEONOR. Juan...

JUAN. Ya ves cómo te sorprendo
á menudo.

LEONOR. ¡Qué sorpresa
tan dulce! Mas ¿cómo es esto?
¿Cómo te han dado licencia
dos veces en poco tiempo?

JUAN. Ya conoces mi carácter
y mi viveza de genio.
Soy el hombre de los prontos
y los recursos enérgicos.
Todo el día anduve triste
y nervioso y mal dispuesto;
mas cuando cayó la tarde
y las sombras me envolvieron,
de sospechas y de sombras
se me llenó el pensamiento,
y me entró una comezón
y un ansia y unos deseos
de verte y aprisionar
entre mis brazos tu cuerpo,
como nunca. Fui á ver
al jefe del regimiento.
—«¿Se puede entrar, coronel?»
—«Adelante, compañero.»
—«Necesito algunas horas
de permiso.» —«¿Cómo es eso»
—«Voy á Madrid.» —«¿A Madrid?

—«¿Y las maniobras?»—«No quiero
faltar á ellas. Mi Lucera
en la Puerta de Toledo
me planta en veinte minutos,
y en otros veinte en mi puesto
me pondrá cuando la diana
resuene en el campamento.
Tengo una mujer muy joven
y hermosa como ese cielo
estrellado, y hace ya
tres días que no la veo.»
—«Señor don Juan: comprendido.
El permiso le concedo.
Le doy por suya la noche,
y á la mañana le espero.
Allí, como aquí, á cumplir
su deber y á dar ejemplo.
No olvide que pertenece
al segundo de lanceros.»

LEONOR. ¡Qué sorpresa!

JUAN. Así me gusta.
Entrar de pronto. Por cierto
que se me olvidó la llave.

LEONOR. Déjamela á mí.

JUAN. No; cierro
y me la guardo.

(Cierra la puerta reservada y se guarda la llave.)

LEONOR. (¡Ay, Dios mío!
¡Ya no sale!)

JUAN. Así; no quiero
que se pierda como la otra
y nos den un susto luégo.

LEONOR (¡Ya no sale!)

JUAN. ¡Hola! ¡La mesa!
¡Magnífico! ¡Dos cubiertos!

LEONOR. Sí; por si acaso.

JUAN. Acertaste.
Dos perdices. ¡Bah! No tengo
para un diente, que hoy me tráigo
un apetito tremendo.
Lo que pille por delante
me lo zampo, carne ó hueso.

LEONOR. (¡Dios mío! ¡Qué compromiso!)
Mira, Juan, vámonos dentro,
á tu cuarto; te cepillas,
te lavas un poco...

JUAN. Bueno.

LEONOR. Y dejas el sable.

JUAN. Sí.

LEONOR. Ese sable me da miedo.

JUAN. No, tonta, si éste es tan sólo
para ensartar al primero
que te mire.

LEONOR. Juan... por Dios...

JUAN. O que te diga un requiebro.
¿Ves esos pájaros fritos
á quienes perfora el cuerpo
una aguja? Pues así
lo traspaso.

LEONOR. (¡Dios eterno!
¡Lo traspasa y se lo come!)

JUAN. ¿Qué tienes?

LEONOR. Nada.

JUAN. Te encuentro
algo extraño...

LEONOR. La emoción...
la sorpresa... Vamos dentro,
vamos dentro. (Alzando la voz.)

JUAN. Bien, mujer.

LEONOR. Y se queda unos momentos
el cuarto solo... se queda
solo... (Alzando la voz.)

JUAN. Bien, sí; ya lo veo.

LEONOR. ¡Ay! ¡Cuánto te quiero, Juan!

JUAN. ¡Ay, Leonor! ¡Cuánto te quiero!
(Vanse por la segunda de la derecha.)

ESCENA VII

FILOMENA y PEPITO

FILOM. (Por el fondo.)
¡Anda! Si se ha levantado

sin probar... Pero, ¡qué memos
de enamorados! Ni comen,
ni beben, ni están contentos
no estando juntos. ¡Que Dios
me libre de quebraderos
de cabeza!

PEPITO. Yo me escapo.

(Sale del balcón, ve á Filomena y vuelve á entrar precipitadamente.)

¡Una mujer! A mí encierro.

FILOM. ¡Ay, Dios mío! Hacia allí un ruido...
Pasos... ¡Y ha hecho un movimiento
el *paravent*! Tengo un asco
á este cuarto... y un respeto
á esa puerta condenada.
Un día entran. Siempre creo
que se abre muy despacito ..

(La puerta secreta se abre muy despacio.)

¡Sí que se abre! ¡Yo me vuelvo
á mi cocina! (Huye por el fondo.)

ESCENA VIII

DON FELIPE, por la puerta de escape.

No hay nadie.
Es lo natural. Yo debo
hacer antesala. El cuarto
es muy bonito.

(Cierra la puerta y coloca la llave por dentro.)

Pondremos
la llave por este lado.
Es lo práctico. Si hay riesgo,
puedo escapar. A estas citas
se entra sin impedimento,
y muchas veces se sale
de milagro con pellejo.
Yo en casa de Margarita
entré con mi pié derecho
y por *mor* de un garrotazo,
torcido para *in eternum*

lo saqué, rotos el tarso
el metatarso y el terso.
La mesa puesta. Eso es práctico
también. ¡Y con dos cubiertos!
Es una galantería,
señora, que la agradezco.
El *secretaire* donde ella
escribió lo que mi pecho
guarda, escondido por mí,
entre el forro del chaleco.
Un *paravent* misterioso
que me oculta algo. Pasemos
osados á descubrir
del *paravent* los secretos.
(Pasa al otro lado del *paravent*.)
El tocador. Lleno todo
de frascos y pebeteros
con esencias y perfumes.
Me perfumaré el pañuelo,
y los guantes, y la ropa.
(Se perfuma con cuanto halla á mano.)
Ilang-ilang, jazmín, heno...

ESCENA IX

LEONOR y DON FELIPE

LEONOR. (Por la segunda de la derecha.)
Es preciso que se vaya.
Este momento aprovecho.
Joven... joven... (Acercándose al *paravent*.)
FELIPE. ¿Será á mí?
LEONOR. Salga usted... pronto.
FELIPE. (Se presenta.) Saldremos.
A los piés de usted, señora.
LEONOR. ¡Jesús! ¡Otro! Caballero,
¿quién es usted?
FELIPE. ¿Quién soy yo?
Soy yo; míreme usté.
LEONOR. (¡El viejo
de enfrente!)

FELIPE. ¡Y me lo pregunta!

(Leonor retrocede; don Felipe se adelanta.)

LEONOR. Es claro. ¿Y con qué derecho
está usted en esta casa?

FELIPE. ¡Y me lo pregunta! Vengo
á colmar sus esperanzas
y á realizar sus deseos.
No; jamás olvidaré
lo que ha hecho usted.

LEONOR. ¡Yo! ¿Qué he hecho?

FELIPE. Me sé de memoria...

LEONOR. ¿El qué?

FELIPE. Todo, término por término.
Y felíz á todas horas
lo repite el pensamiento.
«Por la puerta reservada.
Dos golpes. Tuya. Entresuelo.
Leonor. Derecha. Señal ..
amor... una luz... misterio.»
Aquí la llevo.

LEONOR. (¡Es un loco!)
Hágame usted el obsequio
de salir.

FELIPE. Marcharme, no.

LEONOR. (Como el otro. Se aprendieron
la lección.) Váyase usted,
por la Virgen.

FELIPE. Si no puedo.
Si esos ojos son cadenas
en las que estoy prisionero.

LEONOR. Por Dios, que está el capitán
en su cuarto.

FELIPE. No lo creo.
Lo dice por asustarme;
pero yo no tengo miedo
del capitán.

LEONOR. ¡Que está en casa!

FELIPE. Pues que venga. Le detesto
y se lo quiero decir;
y le diré sin rodeos
quién soy y por qué he venido.
La verdad: que yo la quiero

y que me ha citado usted.

LEONOR. ¡Yo! ¡Jesús!

FELIPE. ¡Y nos perdemos juntos!

LEONOR. (Será muy capáz.)

FELIPE. Que venga. (Alzando la voz.)

LEONOR. Por Dios... silencio.

FELIPE. Que venga. (Alzando la voz.)

JUAN. Leonor...
(Casi desde el umbral de la puerta.)

FELIPE. (¡Demonio!
¡Estaba! ¡Buena la he hecho!)
(Don Felipe no tiene tiempo más que de colocarse detrás del *paravent.*)

ESCENA X

LEONOR y JUAN; DON FELIPE, detrás del *paravent.*

JUAN. (Con levita de paisano.)
Así estoy mucho mejor.
Ya me he quitado embelecos
y estorbos, y ahora, á mis anchas,
á comer, ¿verdad, lucero?

LEONOR. Sí, Juan.

JUAN. Pero ¿qué te pasa?
Estás temblando, son hielo
tus manos.

LEONOR. No es nada. Un susto.
Aquella puerta... Crugieron
las tablas... escuché ruídos
y pasos... Ya voy creyendo
lo mismo que Filomena.
Un día entran.

JUAN. Por supuesto.
Al que entre, de un estacazo
le rompo una pierna.

FELIPE. (¡Cielos!
¡La otra!)

JUAN. Que entre el que se atreva.

Eso es lo que yo deseo
para lucirme delante
de tí, quebrantando huesos.

FELIPE. (Bruto, lo es.)

JUAN. Mas si te asusta,
como yo no tengo empeño
en conservarla, la tapio
ahora mismo.

LEONOR. Ahora, no.

FELIPE. (Luégo;
ahora tengo que salir.)

JUAN. Desecha esos pensamientos.
La puerta está bien cerrada,
mujer... (Se dirige á la puerta y la examina.)
¿Qué es esto?

LEONOR. ¿Qué es eso?

JUAN. Que yo he quitádo la llave,
digo, me parece, y creo
haber cerrado, y aquí
con otra llave me encuentro.

LEONOR. Distraído...

JUAN. Juraría...
¡Qué diantre! Pues ahora cierro
y quito la llave. Ahora
ya no hay duda. (Cierra y guarda la llave.)

FELIPE. (¡Me divierto!
¡Me cortó la retirada!

JUAN. Vaya, vaya, ¿no comemos?

LEONOR. Vamos. Estarán ya frías
las perdices.

JUAN. Las prefiero
así; pero en esta mesa
falta el primer elemento;
el vino.

LEONOR. Bien dices.

JUAN. Una
botellita de Burdeos
para estas perdices, y otra
botella de Jeréz seco
para la merluza, y otra
de Málaga, de lo añejo,
para el postre, y de cognac

otra para complemento
del café...

FELIPE. (¡Que se emborrache,
Señor! No ve claro y puedo
escapar.)

JUAN. Llama á la chica.

LEONOR. Vamos juntos y escogemos
los dos el vino.

JUAN. Es verdad.
Aquí estorban los terceros.

LEONOR. Vamos.

JUAN. Ese es mi placer
cuando voy por esos pueblos:
el bajar á la bodega.

FELIPE. (¡Qué capitán! ¡Pendenciero,
y casado y borrachín!
Que no tiene nada bueno.)

LEONOR. (Alzando la voz.)
Nos vamos á la despensa.

JUAN. Bien, mujer.

LEONOR. Y no volvemos
en un rato. (Idem.)

JUAN. ¿Con quién hablas?

LEONOR. Contigo.

JUAN. Siempre diciendo
lo mismo. ¡Pareces tonta!

LEONOR. (¡Qué situación! ¡Yo me muero!)
(Salen por el foro izquierda.)

ESCENA XI

DON FPLIPE y PEPITO

FELIPE. Calma. Es preciso marcharse.
Esta es la encerrona ciento
dos. Siempre lo mismo
me pasa. ¡Qué suerte tengo!
Por allí ya no hay salida.
Por esa puerta se fueron,
y pueden verme. Si fuera
bajo el balcón .

PEPITO. Nadie...

(Don Felipe se aproxima al balcón: Pepito sale de él y se dan de manos á boca.)

¡Abuelo!

FELIPE. ¡Pepito! ¿Qué haces aquí?
PEPITO. Yo, nada; ¿y usted?
FELIPE. ¡Muñeco!
¡Zascandil! A los mayores
no se les pregunta.
PEPITO. Bueno.
Cómo estoy aquí no sé.
Lo que importa, lo que quiero,
es marcharme.
FELIPE. Vámonos
si tú conoces un medio
de salir.
PEPITO. Pues por allí
se va á la calle. (Señalando al foro.)
FELIPE. Observemos
si está la salida franca.
(Se dirige á la puerta.)
No lo está.
PEPITO. Vienen.
FELIPE. Silencio.
(Vuelven al *paravent.*)

ESCENA XII

MANUEL; FILOMENA, por el fondo; DON FELIPE y PEPITO, en el *paravent.*

Filomena y Manuel por el foro derecha.

FILOM. Caballero...
MAN. Déjame
pasar.
FILOM. Pero, caballero...
FELIPE. (¡Parece la voz de mi hijo!)
MAN. Vengo á hablar unos momentos
con tu señora.
FILOM. Está sola;
y bajo ningún pretexto
recibe á un desconocido,
y de noche mucho menos.

Como no está el capitán...

MAN. Si precisamente vengo
de Carabanchel, y traigo
un aviso.

FILOM. (¡Qué embustero!)

MAN. Un aviso muy urgente
del capitán.

FILOM. Pues no puedo
pasar recado, y perdone.

MAN. Pues de aquí ya no me muevo.

FELIPE. (¡Creo que es él!)

MAN. Vamos á cuentas,
á ver si nos entendemos.

FILOM. ¿Entendernos? No señor;
es imposible entendernos.
Lo ha intentado usted mil veces
y sabe usted que no cedo.

MAN. Déjame hablar á tu ama
dos minutos, uno, medio.
¿A tí qué te importa? Tú
la dices que me has abierto
porque te engañé.

FILOM. Así es.

MAN. Si yo no te comprometo.
En cambio, yo soy un hombre
agradecido en extremo.

FILOM. ¡Me parece que se ríen!
¡Y hablan!... ¡Y son dos!
(A la puerta del fondo.)

MAN. Es cierto.

FILOM. ¡La voz del señor!

MAN. ¿Está
tu señor? ¡Qué contratiempo!
Anda, corre, ábreme.

FILOM. ¿Cómo?
¡Si vienen aquí derechos
por el pasillo!

MAN. Me pierdes
si no me ocultas.

FILOM. Me pierdo
por culpa de usted. ¡Se acercan!
(Filomena á la puerta del fondo.)

MAN. Pero yo, ¿dónde me meto?
(Aturdido viene al proscenio.)

FELIPE. Aquí.
(Sacando la cabeza y llamándolo con la mano.)

PEPITO. ¡Aquí! (Idem.)

MAN. ¿Tú? ¡Cómo!

FELIPE. ¡Aquí!
(Manuel se esconde detrás del *paravent.*)

MAN. Mas, ¿qué es esto? No comprendo...
¡Mi padre aquí! ¡Mi hijo aquí!

FELIPE. Sí; y el nieto y el abuelo.
Todos en la ratonera.

FILOM. (Ya están aquí. ¡Cómo tiemblo!)

ESCENA XIII

DICHOS; LEONOR y JUAN, por el fondo izquierda, cada uno con dos botellas.

JUAN. No nos haces falta aquí.

FILOM. Bien, señorito.

JUAN. Desfila.
(Vase Filomena por el fondo.)
A principiar la batalla.
Que avance la artillería.

FELIPE (No tengo más esperanza
que las botellas. Si empina
algo más de lo debido,
nos salvamos.)

JUAN. Pon encima
de la mesa los obuses.
(Coloca las botellas sobre la mesa.)

LEONOR. (Yo no puedo andar. Vacilan
mis piés. ¿Por dónde andarán?)
(Se va acercando al *paravent.*)

JUAN. ¡Soberbio! ¡Una batería
completa!

LEONOR. (Estarán ocultos...
ó aquí. (Mira detrás del *paravent.*)
¡María Santísima!
¡Si ya son tres!) (Asombrada y aterrada.)

JUAN. ¿En qué piensas?
Ven; aquí tienes tu silla.

LEONOR. No tengo ganas.

JUAN. No importa;
ya las tendrás. Tú principia
á comer. Tengo esta noche
una interior alegría
tan grande...

LEONOR. ¡Ay!

FELIPE. PEPITO. MAN. ¡Ay!

JUAN. ¿Qué te pasa?
(Se sientan á la mesa. Juan de espaldas al *paravent.*)
Parece cuando suspiras
que suspiran tres ó cuatro.
Es que estás desfallecida.
A comer. Ponte más cerca,
más cerca... más todavía.
(Se van acercando los dos.)

PEPITO. ¡Qué situación tan difícil!

MAN. ¡Y tan grave!

FELIPE. ¡Y tan ridícula!

JUAN. Pero no pruebas bocado.

LEONOR. Está la perdíz tan fría...
De otro plato.

JUAN. Como quieras.
Pues estas dos, no se libran
de mis garras y mis dientes.
¡Ay! ¡Cómo te quiero, rica!
Un abrazo. (La abraza.)
(Come.) Y un mordisco.
¡Está la perdíz riquísima!

PEPITO. (¡Qué manera de hacer ganas!)

JUAN. Estás muy poco expansiva
esta noche.

LEONOR. No estoy bien.

JUAN. En cambio estás más bonita
con esa boca de fresa
y esos ojos que echan chispas.
Ponte más cerca... más cerca.
(Se aproximan hasta ponerse muy juntos.)

MAN. (Pues señor; yo no venía
para esto.)

JUAN. Amor de mi alma
y esperanza de mi vida ..
Un abrazo. (Abrazándola.)
(Contiendo.) Y un mordisco.

FELIPE. Pero, ¿á quién muerde? (A Manuel.)

JUAN. ¡Alma mía!
¡Qué felicidad tener
una mujer tan divina,
y tan honrada y tan buena!
¡Cuánto me acordé estos días
pasados de mi mujer,
de mi casa, de mi dicha.
¡Si tú supieras qué lance
tan serio!... ¡Pobre Matías!
¿Qué tiene dices? Pues ella.
Una mañana fresquita
abandona el campamento
y á su casa se encamina.
Va prevenido; abre, entra...
y se encuentra á su costilla
con dos.

LEONOR. ¿Con dos?

JUAN. Como lo oyes.
Es claro, hace puntería
y blanco con su revólver.
¡Pum! á la mujer indigna...
¡pum! al uno... ¡pum! al otro...

FELIPE. (Bajo á Manuel y Pepito.)
(¿Habéis visto si en la cinta
lleva el revólver?

MAN. Yo, no.

PEPITO. Salimos de aquí sin vida.

JUAN. ¿Puede haber cosa más rara
que entrar en su casa un día
y hallarse con dos?

LEONOR. Sí, Juan;
llegar á una hora imprevista
y hallarse con tres...

JUAN. ¿Con tres?
¡Qué imaginación tan viva
tienes! Eso es imposible.
Pasará en alguna obrilla

de esas que hacen los autores
para que el público ría
un rato; pero en el mundo...

LEONOR. En el mundo y en la vida,
no la lógica, el absurdo,
lo inverosímil dominan.
Vamos á ver; si tú hallaras
aquí tres, ¿qué es lo que harías!

JUAN. ¿Qué haria yo?

LEONOR. ¿Qué harías tú?

MAN. (¿Qué haría él?)

LEONOR. Díme.

FELIPE. (¿Qué haría
con nosotros?)

JUAN. ¡Já, já, já!

FELIPE. (Pues nada, tomarlo á risa.)

PEPITO. (Es una buena persona.)

JUAN. Pues la cosa es bien sencilla.
¡Pum! á tí, y á mí y á ellos.
Cinco cápsulas seguidas
empleadas, y la sexta
á cualquiera.

FELIPE. (De propina.)

LEONOR. Á veces las apariencias...

JUAN. Déjate de tonterías. (Muy enérgico.)
¡Si yo te encuentro con alguien,
volamos con dinamita!

FELIPE.
MAN.
PEPITO. } (¡Ay!)

LEONOR. ¡Ay, Dios mío! (Se levanta.)

JUAN. ¿Qué tienes?

LEONOR. La cabeza... (Soy perdida.)
(Se desmaya. Juan la coge en sus brazos.)

JUAN. ¡Se desmayó! No está bien
Leonor. . ¡Filomena!.. ¡chica!...

ESCENA XIV

DICHOS; FILOMENA, por el fondo.

FILOM. Señor...

JUAN. El frasco de sales...

agua... azahar... anda de prisa.
En el tocador.

FILOM. Volando.

(Filomena corre al tocador y se tropieza con los tres. Grito de terror.)

¡Ay!

JUAN. ¿Qué es eso?

FILOM. ¿No decía
yo que entraban una noche?

(Todos la rodean y la tapan la boca.)

JUAN. ¿Qué te pasa?

FELIPE. (Calla.)

MAN. (Dándola dinero.) Toma.

PEPITO. ¡Por Dios!...

FILOM. ¡Nada!

JUAN. ¿Por qué chillas?

FELIPE. Nos pierdes.

JUAN. Trae uno cualquiera.

FILOM. ¿Uno?

JUAN. Un frasco. ¡Pobrecita!

FILOM. (Volviendo con un frasco.)
Tome usted.

JUAN. Venga.

LEONOR. ¡Ay, Dios mío!

JUAN. Vamos; ya se reanima.
¿Estás mejor?

LEONOR. Así, así.

(Mira á todos lados asustada.)

FILOM. ¡Ay, ay! (Temblando.)

JUAN. Pero esta chiquilla,
¿por qué tiembla?

FILOM. Nada; un susto.
Sola estaba en la cocina,
y escuché en la puerta un ruído...
(Temblando.)

JUAN. ¿Un ruido?

FILOM. Quieren abrirla...
Yo creo que van á entrar...
Esta noche, señorita,
nos pasa algo.

JUAN. ¡Qué ñoñéz
tan grande, y qué cobardía!

Anda delante de mí
á ver esa puerta. ¡Chica
más tonta!... Como haya alguno,
le voy á romper la crisma;
mas si no hay nadie, eres tú
quien se gana la paliza.
(Vanse por el fondo.)

ESCENA XV

DICHOS, menos JUAN y FILOMENA

LEONOR. Pero, señores, ¿qué quieren?
¿Quiénes son? ¿Por qué conspiran
contra mí?

FELIPE. (Subido en una silla habla por encima del *paravent*, y los otros cada uno por un lado del mismo.)
Somos tres tontos
que hicimos tres tonterías.
¡Perdón, señora!

MAN. ¡Perdón!

PEPITO. Lo pedimos de rodillas.

LEONOR. Bien, bien. Aquí lo importante
es buscarle la salida
á esta situación.

PEPITO. Sí; un medio.

MAN. La cosa es dificilísima.

FELIPE. Hay un medio: mi mujer.
Bastará que usted la escriba
cuatro letras. La muchacha
las lleva: viene de prisa
y en poniéndola entre él
y nosotros en la crítica
situación, ya no hay cuidado
porque es muy larga.

LEONOR. Aquí hay tinta
y papel. (Corre al *secretaire*.)

FELIPE. Manos á la obra
no vuelva.

LEONOR. (Escribiendo.) «Señora mía:
tengo dentro de mi casa,
y en la más comprometida

situación...»

FELIPE. «Tres ejemplares
de la línea masculina
de la familia de usted.»

MAN. ¡Viene! (Observando desde el fondo.)

LEONOR. Concluyo en seguida.
(Vase por la segunda de la derecha. Ellos se ocultan.)

ESCENA XVI

JUAN; detrás del *paravent*, DON FELIPE,
MANUEL y PEPITO

JUAN. (Por el fondo.)
¡Qué ruídos ni qué simplezas!
¡La imaginación maldita!
¿Y Leonor? Se habrá asustado
y anda también escondida.
Los miedos de las mujeres
me sacan de mis casillas
(Se pasea y pasa cerca de ellos: los tres se pegan al *paravent*.)

FELIPE. (¡Que viene!)

JUAN. Yo á nadie temo.
Si el mundo se viene encima,
yo tan fresco y tan tranquilo.
Y á mí nada me intimida,
ni me asusta, ni me asombra,
ni...
(Vuelve á pasearse, llega donde están ellos. Los tres se acercan tanto al *paravent* que le dejan caer encima del capitán y quedan al descubierto.)
¿Qué?
(El capitán da un salto; momentos de pausa, se miran con asombro.)

FELIPE. (Lo que yo temía!)

MAN. (¡El choque!)

JUAN. (¡Tres hombres, tres
personas desconocidas
aquí, en mi casa! Los tres
de que me hablaba... ¿Qué enigma
es este?)

PEPITO. Muy buenos días.
JUAN. (Un militar no se achica
por tan poco.) Caballeros:
á ver lo que significa
esto. Tres pasos al frente.
FELIPE. ¿Cómo está usted? (Adelantándose.)
JUAN. A las filas.
¿Qué hacen ustedes aquí?
¡Pronto! (Pausa. Silencio.)
MAN. (Pero ¿quién lo explica?)
JUAN. Que hable uno pronto... cualquiera.
Usted, señor. (A Pepito.)
PEPITO. No: permita
usted que calle. Yo soy
aún muy joven. Que lo diga
mi padre. (Señalando á Manuel.)
JUAN. Usted, caballero.
MAN. Pues la razón que motiva
el... y la... Que hable mi padre.
(Señalando á Felipe.)
JUAN. Usted.
FELIPE. Pues esta visita
y esta .. (¡Quién tuviera padre!)
La razón que justifica
el que... ¿usted quiere saber
por qué en hora intempestiva
estamos aquí?
JUAN. Cabal.
FELIPE. Pues estamos..
JUAN. De prisita.
FELIPE. El caso es que no lo sé.
JUAN. ¡Cómo! (Cogiendo una silla y adelantándose.)
MAN. Nos tira una silla.

ESCENA XVII

DICHOS; LEONOR, por el fondo.

LEONOR. ¡Todos juntos!
JUAN. Ven aquí.
Explícame la presencia

a¡uí de estos tres.

LEONOR. Juan mío...
Yo no sé nada... de veras.
Uno entró por la ventana,
y el otro entró por la puerta
y otro por escotillón,
lo mismo que en las comedias
de magia. Primero era uno;
luégo, dos; y después eran
tres. No sigas preguntando.
Yo te quiero mucho, ea.

JUAN. Para mí la cosa es clara.

FELIPE. ¿Clara, Manuel? (Bajo los tres.)

MAN. ¿Tú la encuentras
clara, Pepito?

PEPITO. Yo soy
muy joven...

JUAN. Aquí, en conciencia,
hay un dilema perfecto.

FELIPE. (Bajo á Manuel.)
¿Sabes tú lo que es dilema?

MAN. En este momento, no.
Tengo mala la cabeza.

JUAN. O son tres enamorados
ustedes tres...

LOS TRES. No; ¡qué idea!

FELIPE. (Bajo á Manuel y Manuel á Pepe.)
Manuel, la honra de una hermosa...

MAN. Pepe, el honor de una bella...

LOS TRES. Tres enamorados, no.

LEONOR. Y si lo son, que lo sean.

JUAN. Entonces son tres ladrones;
una cuadrilla completa.

FELIPE. Bien, sí; puede que seamos
ladrones si usted se empeña.

MAN. (Bajo á don Felipe.)
Hombre... que soy yo oficial
del ministerio de Hacienda.

JUAN. En resumen: son tres hombres
que sin abrirles la puerta
me encuentro dentro de casa
y de noche. Yo, en defensa

de mi hogar, tengo derecho
á hacer de ellos lo que quiera.
Leonor, el revólver.

LEONOR. ¡Juan!...

JUAN. Rompiendo la tapadera
del cráneo, con un balazo,
ya veremos lo que piensan.

FELIPE. (Vacilando.)
¡Ay!... ¡La tapadera!... ¡El cráneo!...
¡Ay!... ¡Se me doblan las piernas!
¡Manuel!... ¡Pepe!...

MAN. (Sosteniéndolo.) ¡Padre!

PEPITO. (Idem.) ¡Abuelo!

FELIPE. Aire... me ahogo... ¡tinieblas!
(Próximo á desmayarse.)

ESCENA XVIII

DICHOS; FILOMENA y TULA, por el fondo.

FILOM. Señorita...

JUAN. Déjanos.

LEONOR. ¿Qué querías?

JUAN. Vete fuera.

LEONOR. Deja que diga... ¿Qué ocurre?

FILOM. Una señora desea
ver á ustedes. Dice que es
muy importante.

JUAN. Aquí no entra
nadie.

LEONOR. Que pase en seguida.

JUAN. Mas, ¿quién es?

LEONOR. Cuando la vea
lo sabremos. Dila que entre.

FILOM. Entre usted.

TULA. (Por el fondo.) Con la licencia
de ustedes.

LEONOR. Usted la tiene.

FELIPE. ¡Tula!... (Reanimándose.)

MAN. ¡Mi madre! (Con alegría.)

PEPITO. (Idem.) ¡Mi abuela!

TULA. Señores; muy buenas noches.
JUAN. Téngalas usted muy buenas.
TULA. (El marido, la mujer
y los tres hijos de Elena;
ellos con cara de miedo
y éste con cara de gresca.
Está entendido.)
JUAN. Señora,
yo la suplico que sea
muy breve.
TULA. El caso es muy grave
y puede ser que no pueda.
Una mijita de calma
y otra miaja de paciencia,
que la cólera, señor,
es muy mala consejera.
Vengo á hacerle á usté un favor.
Aquí tiene una madeja
enredada y tráigo el cabo
yo, por más que le sorprenda.
De todo cuanto aquí ocurre
tiene la culpa un gatera
que está sirviendo en mi casa,
Antonio, una buena pieza,
que antes le ha servido á usted.
Él refirió á la doncella
el caso, y la chica á mí,
porque la chica es muy buena.
JUAN. Pues yo no la entiendo á usted.
TULA. Aún no es fácil que me entienda,
señor: una explicación
no es un cañonazo. Empiezan
las palabras, se suceden,
van desarrollando el tema,
y sin decir la segunda,
nadie dice la tercera.
Ante todo le presento
á mi familia.
JUAN ¿Qué? ¿Es esa
su familia?
TULA. Mi marido,
mi hijo y mi nieto; completa

Ese chiquillo es la causa
de todo.

PEPITO. ¿Quién? ¿Yo? (Me echan
el muerto.)

FELIPE. Ese es.

MAN. Ese es.

TULA. Tiene veinte años apenas.

PEPITO. Soy muy joven.

TULA. Es muy joven,
y es claro, ha hecho una simpleza.
como usted las habrá hecho
á su edad; como cualquiera.
Su mujer de usté es muy guapa ..

JUAN. Mil gracias.

TULA. Es una perla.

JUAN. Repito...

LEONOR. Es favor.

TULA. Á mí
me gusta sobremanera,
y á Pepe más; y el bribón
de mi criado, á la cuenta
me le ha engañado al muchacho;
le ha dicho que estaba fuera
usted, y que la señora
le miraba un poco tierna;
le dió una llave que tiene,
no sé como, de una puerta
que está no sé dónde, y, claro,
ha tomado la escalera
el chiquillo, y se ha colado
aquí como una centella.

MAN. Eso es, y yo que le ví,
temiendo las consecuencias,
vine por él.

FELIPE. Eso es;
y yo, porque no ocurriera
algo, vine por los dos.

TULA. Cabal; y yo, muy inquieta,
vengo por los tres.

JUAN. No está
aún claro el asunto. Quedan
muchos cabos, muchos puntos

oscuros.

TULA. No sea usted pelma.
Su mujer es muy honrada
y le quiere muy de veras.
¿Qué le importa lo demás?
Déjese usted de sospechas
y déla un abrazo.

LEONOR. ¿Dudas
de mí?

JUAN. ¡Leonor!

TULA. (Fin de escena.)

MAN. (Cogiendo de una oreja á Pepe.)
¿Con que tú á ver á la rubia?
¿A que te arranco una oreja?

FELIPE. (Cogiendo de una oreja á Manuel.)
Con que de belenes tú?

TULA. (Cogiendo de una oreja á don Felipe)
¿Con que tú de calavera?

FELIPE. ¡Mujercita!...

TULA. No soltar.
(Vámonos, Tula, derecha
á casa con esta rastra
de pillos.) Si usted me deja,
me llevaré á la familia.

JUAN. Bien.

LEONOR. Por la puerta secreta
van mejor.

JUAN. Pues abriré.
(Abre la puerta reservada.)

MAN. (¡Dios mío!... ¡Por fin abierta!)

TULA. (Alto.) Vamos, Pepe, (Al pasar por delante)
Granujilla...
bribón... ¡Ay, la que te espera!
Vamos, Manuel. (Alto.)
(Al pasar por delante) Mal marido,
mala sombra, mala pécora...
¿Nos vamos, criatura? (A Felipe.)

FELIPE. Vamos.
(Bajo y abrazándola.)
¡Tula de mis entretelas!...
Estoy muy avergonzado.
Perlita... monina... reina

de mi alma.

TULA. Calla, embustero.
Ni yo soy mona, ni perla,
ni tú eres rubio, ni tienes
pelo, ni tienes vergüenza.
(Le da un tirón y le quita la peluca rubia.)
¡Ay! ¿Qué te has dado? Corrompes.
En llegando, aunque no quieras,
te meto en un baño.

JUAN. El brazo.

TULA. Mil gracias por la molestia.
Adiós, señora. Felices
ustedes. Una perfecta
pareja que se ha querido
y querrá la vida entera.
Tres parejas hay en casa;
mas son como las parejas
del Orden público. Va
cada uno por su acera.
En fin; venturosa yo,
si en medio de tantas penas,
consigo que me dé el público
su mijita de indulgencia,
y un aplauso para este
juguetillo ó lo que sea.
(Cae el telón.)

FIN DEL JUGUETE

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Cara y cruz, juguete cómico en un acto y en verso.
El sexo débil, juguete cómico en un acto y en verso.
El único ejemplar, comedia en un acto y en verso.
Abogacía de pobres, juguete cómico en un acto y en verso
Servir para algo, comedia en un acto y en verso.
El número tres, comedia en tres actos y en verso.
Vanitas vanitatum, comedia en tres actos y en verso.
Echar la llave, comedia en un acto y en verso.
Haz bien..., comedia en tres actos y en verso.
Para una coqueta un viejo, comedia en dos actos y en verso.
Inocencia..., comedia en tres actos y en verso.
Al Santo, al Santo! apropósito cómico en dos actos y en verso.
Contra viento y marea, comedia en tres actos y en verso.
Como se empieza, comedia en un acto y en verso.
Una comedia y un drama, comedia en dos actos y en verso.
Como las golondrinas, comedia en tres actos y en verso.
Champagne frappé, juguete cómico en un acto y en verso.
Ni la paciencia de Job, comedia en tres actos y en verso.
El octavo, no mentir, comedia en tres actos y en verso.
La fuerza de un niño, comedia en tres actos y en verso.
Escurrir el bulto, comedia en un acto y en verso.
Por fuera y por dentro, comedia en dos actos y en verso.
La buena raza, comedia en tres actos y en verso.
Malditos números! comedia en tres actos y en verso.
Enseñar al que no sabe, comedia en tres actos y en verso.
La elocuencia del silencio, comedia en tres actos y en verso
Sin familia, comedia en tres actos y en verso.
De todo un poco, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
El otro, comedia en tres actos y en verso.
Un año más, revista en un acto, con el Sr. Vital Aza.
¿Perez ó Lopez? comedia en tres actos y en verso.
Pobre María! monólogo en un acto y en verso.
En plena luna de miel, comedia en un acto y en verso.
Sin solucion, comedia en tres actos y en verso.
Pension de demoiselles, humorada en un acto con el Sr. Vital Aza.

Caerse de un nido, comedia en acto y en verso.
Boda y bautizo, sainete, con el Sr. Vital Aza.
En primera clase, comedia en tres actos y en verso.
Un viaje á Suiza, arreglo en tres actos con el Sr. Vital Aza
La mano derecha, juguete en un acto y en verso.
Los demonios en el cuerpo, comedia en un acto y en verso.
Vivir en grande, comedia en tres actos y en verso.
La lista grande, comedia en un acto y en verso.
El dia del sacrificio, juguete en un acto y en verso.
Meterse á redentor, comedia en tres actos y en verso.
Manzanilla y dinamita, comedia en un acto y en verso.
Viva España! sainete en un acto, en prosa y verso.
El enemigo, comedia en tres actos y en verso.
Los hugonotes, comedia en dos actos y en verso.
Entre parientes, comedia en un acto y en verso.
La sopa de almendra, apropósito en un acto y en verso.
Viajeros de ultramar, comedia en dos actos y en verso.
La vieja ley, comedia en tres actos y en verso.
¿Me conoces? juguete cómico en un acto y en verso.
El tren del botijo, comedia en dos actos y en verso.
En casa de la modista, juguete cómico en un acto y en verso
La niña mimada, comedia en tres actos y en verso.
La credencial, comedia en tres actos y en verso.
El sereno de mi calle, juguete cómico en un acto y en verso.
La señá Francisca, comedia en dos actos y en verso.
La Revista, zarzuela en un acto, original y en verso, música del maestro Caballero.
Los hijos de Elena, juguete cómico en dos actos y en verso.

ARCHIVO Y COPISTERIA MUSICAL

PARA GRANDE Y PEQUEÑA ORQUESTA

PROPIEDAD DE

FLORENCIO FISCOWICH, EDITOR

Habiendo adquirido de un gran número de nuestros mejores Maestros Compositores, la propiedad del derecho de reproducir los papeles de orquesta necesarios á la representación y ejecución de sus obras musicales, hay un completo surtido de instrumentales que se detallan en Catálogo separado, á disposición de las Empresas.

PUNTOS DE VENTA

En casa de los corresponsales y principales librerías de España y Extranjero.

Pueden también hacerse los pedidos de ejemplares directamente al EDITOR, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.